

igual número de diez en estos dos animales, no se semejan ni en la forma, ni en la situación respectiva: por otra parte, el vansiro se distingue, en el color del pelo, de todos nuestros hurones, aunque estos, como todos los animales que el hombre cuida de criar y de multiplicar, varían mucho entre sí, y aun entre el macho y la hembra.

Nos parece que el animal indicado por Seba bajo la denominación de comadreja de Java, al cual dice que los habitantes de aquella isla llaman *Koger-angan*, y que después Mr. Brisson ha llamado *huron de Java*, pudiera muy bien ser el mismo animal que el vansiro: á lo menos, entre todos los animales conocidos, este es el que mas se le semeja; pero lo que nos impide pronunciar decididamente, es que la descripción de Seba no es bastante completa para poder establecer la justa comparación que era necesaria á fin de juzgar sin escrúpulo: la ponemos aquí para que el lector pueda por sí mismo compararla con la nuestra.

En orden al vansiro me ha remitido Mr. Forster las noticias siguientes: «He visto, dice, en la casa de fieras del cabo de Buena-Esperanza, un animal del género de las mangustas, procedente de la isla de Madagascar, el cual correspondía exactamente á la descripción del vansiro dada por el conde de Buffon. Este animal gustaba mucho de estar en una tina llena de agua, de la cual acostumbraba salir algunas veces. El hombre que cuidaba de dicha casa nos aseguró que cuando se tenía á este animal fuera de la tina por algun tiempo, se volvía á ella aceleradamente luego que se hallaba en libertad. La figura de este animal, dada por el conde de Buffon es bastante exacta, aunque su largo es algo demasiado, por haber sido dibujada por una piel rellena de este animal, y además, el pelo es mas corto que el del vansi-

ro del Cabo. Este último era casi del tamaño de la marta ordinaria: la longitud de su cola era igual á la del cuerpo hasta la cabeza; y su pelo de color pardo negrizco: tenía cinco dedos en cada pie, bien divididos y sin membranas: en cada mandíbula tenía seis dientes incisivos y ocho muelas, esto es, cuatro á cada lado de la mandíbula, y los dientes caninos estaban aislados, de suerte que en todo tenía seis dientes. El animal caminaba como las mangustas, apoyándose sobre los talones.

#### EL ELEFANTE.

El elefante es, esceptuando al hombre, el ser mas notable de este mundo, pues escede á todos los animales terrestres en magnitud, y se aproxima al hombre por la inteligencia, á lo menos todo cuanto puede la materia aproximarse al espíritu. El elefante, el perro, el castor, y el mono son, entre todos los seres animados, los mas admirados por su instinto; pero este instinto, que no es otra cosa que el producto de todas las facultades, así interiores como exteriores del animal, se manifiesta en cada una de estas especies por resultados muy diferentes. El perro, por su naturaleza, y en plena libertad, es tan cruel y sanguinario como el lobo: solamente se ha hallado en esta naturaleza feroz un punto flexible, del cual nos hemos aprovechado: la indole, pues, del perro no difiere de la de los otros animales de presa, sino en este punto sensible, que le hace capaz de afición y de adhesión. La naturaleza es la que le ha dado el

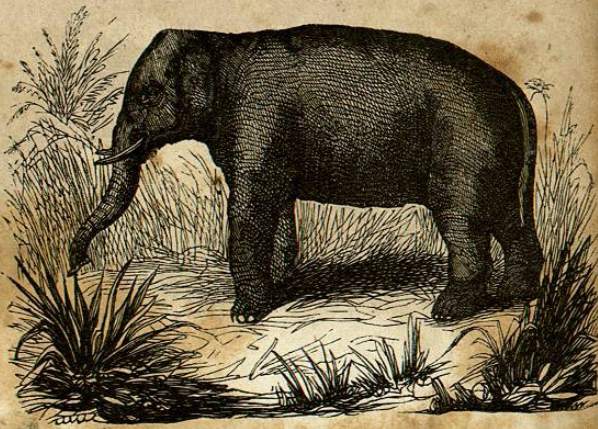
gérmen de este afecto, el cual despues ha sido cultivado, alimentado y desarrollado por el hombre, mediante una antigua y constante sociedad con este animal, que solo era digno de ella, y que siendo mas capaz que ningun otro de impresiones estrangeras, ha perfeccionado con el trato todas sus facultades relativas: su sensibilidad, su docilidad, su corage, sus talentos, todo, hasta sus modales, se modifica por el egemplo, y se modela por las cualidades de su señor. Así, pues, no se le debe atribuir como propio todo lo que parece que tiene, puesto que sus cualidades mas elevadas, y mas asombrosas son tomadas de nosotros, y que si ha adquirido mas que los otros animales, consiste en su mayor proporcion para adquirir, y en que lejos de tener, como ellos, aversion al hombre, le tiene inclinacion. Este dulce afecto, que nunca es mudo, se ha manifestado en él por el deseo de agradar, y ha producido la docilidad, la fidelidad, la sumision constante, y al mismo tiempo aquel grado de atencion necesario para obrar en consecuencia, y obedecer siempre á propósito.

El mono, al contrario, es tan indócil como estravagante: su indole es en todo igualmente revesada: no hay en él ninguna sensibilidad relativa, ningun agradecimiento al buen trato, ninguna memoria de los beneficios: tiene aversion á la sociedad del hombre, horror á la sujecion, inclinacion á toda especie de mal, ó por mejor decir, una fuerte propension á hacer todo lo que puede dañar ó desagradar. Pero estos defectos reales se ven compensados con perfecciones aparentes: está conformado esteriormente como el hombre: tiene brazos, manos y dedos: el uso solo de estas partes le hace superior en destreza á los otros animales; y las relaciones que estas le dan con nosotros por la semejanza de los movimientos y por la conformidad de las acciones, nos agradan, nos en-



El Armadillo.

La Mangusta.



El Elefante.

ganan, y nos hacen atribuir á cualidades internas lo que solamente depende de la forma de los miembros.

El castor que parece muy inferior al perro y al mono en las facultades individuales, ha recibido sin embargo de la naturaleza un don casi equivalente al de la palabra: se hace entender de los de su especie, y de tal modo, que se unen en sociedad, obran de acuerdo, emprenden y ejecutan trabajos grandes y largos en comun, y este amor social, como tambien el producto de su inteligencia reciproca tienen mas derecho á nuestra admiracion que la destreza y maña del mono, y la fidelidad del perro.

El perro, pues, no tiene mas que un ingenio (permítaseme profanar este nombre á falta de términos), el perro, digo, no tiene mas que un ingenio de prestado: el mono no tiene mas que su apariencia; y el castor no tiene mas instinto que para si solo, y para los suyos. El elefante es superior á todos tres, y reúne en si las cualidades mas eminentes que hay en ellos. La mano es el principal órgano de la destreza del mono: el elefante, por medio de su trompa, que le sirve de brazo y de mano, y con la cual puede levantar y asir las cosas mas pequeñas, y tambien las mas grandes, llevarlas á su boca, ponerlas sobre su espalda, tenerlas asidas, ó arrojarlas lejos, tiene el mismo medio de destreza que el mono; y al mismo tiempo, la docilidad del perro, siendo capaz, como él de reconocimiento y de una fuerte aficion: se acostumbra fácilmente al hombre, se somete no tanto por la fuerza como por los buenos tratamientos, le sirve con celo, con fidelidad, con inteligencia etc. En fin, el elefante, como el castor, gusta de la sociedad de sus semejantes, y se hace entender de ellos: se les ve frecuentemente juntarse, separarse, obrar de concierto, y sino edifican nada, ni trabajan en comun, quizá es por falta de bastante espacio y de tranquili-

dad, pues los hombres se han multiplicado desde tiempos muy remotos en todos los países en que habita el elefante, por lo cual éste vive sin tranquilidad, y en ninguna parte es pacífico poseedor de un espacio bastante grande y libre para establecer su domicilio. Hemos visto que son precisas todas estas condiciones y ventajas para que los talentos del castor se manifiesten, y que donde quiera que los hombres se han establecido, pierde su industria y cesa de edificar. Cada ser en la naturaleza tiene su precio real y su valor relativo: si se quiere juzgar justamente del uno y del otro en el elefante, conviene concederle, por lo menos, la inteligencia del castor, la maña del mono, el sentido del perro, y añadir después las ventajas particulares, únicas, de la fuerza, de la duración, de la magnitud, y de lo largo de su vida, sin olvidar sus colmillos, con los cuales puede atravesar y vencer al león. Conviene representarse que con sus pasos hace estremecer la tierra: que con su mano arranca los árboles: que con un golpe de su cuerpo hace brecha en un muro: que terrible por su fuerza, es además invencible por la sola resistencia de su mole, y por lo grueso de la piel que la cubre: que puede llevar sobre su espalda una torre armada en guerra, y cargada de muchos hombres: que él solo hace mover máquinas, y trasportar pesos que seis caballos no podrían mover: que á esta fuerza prodigiosa junta el valor, la prudencia, la serenidad, y la obediencia exacta: que es moderado aun en sus pasiones mas vivas, y mas constante que impetuoso en el amor: que en medio de la cólera no desconoce á sus amigos, no acometiendo nunca sino á los que le han ofendido: que conserva una larga memoria, así de los beneficios como de los agravios: que como no gusta de carne, y solamente se alimenta de vegetales, no es enemigo nato de los demás animales; y que en fin, es

amado de todos, pues todos le respetan, y ninguno tiene motivo de temerle.

Los hombres tambien han tenido en todos tiempos una especie de veneracion á este primer animal. Los antiguos le miraban como un prodigio y como un milagro de la naturaleza (y en realidad es el mayor esfuerzo de esta): exageraron mucho sus facultades animales, y le atribuyeron sin ningun reparo cualidades intelectuales y virtudes morales. Plinio, Eliano, Solino, Plutarco y otros autores mas modernos, no tuvieron reparo en dar á estos animales costumbres racionales, una religion natural é innata, la observancia de un culto, la adoracion cuotidiana del sol y de la luna, el uso de bañarse antes de la adoracion, el espíritu de adivinacion, y la piedad hácia el cielo, y con sus semejantes, á quienes asisten en la muerte, y después de su fallecimiento los riegan con lágrimas, y cubren con tierra, etc. Los indios preocupados de la idea de la metempsychosis, están todavía persuadidos de que un cuerpo tan magestuoso como el del elefante no puede ser animado sino por el alma de un hombre grande ó de un rey. Los elefantes blancos son respetados en Siam, en Laos, y en Pegú (1), como los manes vivos de los emperadores de la India: cada uno de ellos tiene un palacio, una casa compuesta de mu-

(1) Cuando el rey del Pegú va á pasearse, los cuatro elefantes blancos marchan delante de él, adornados de pedreria y de varios diges de oro. (*Coleccion de los Viajes de la Compañia de las Indias de Holanda*, tom. III pág. 45.) Cuando el rey del Pegú quiere dar audiencia, traen á su presencia los cuatro elefantes blancos, que le hacen la reverencia, levantando su trompa, abriendo la boca, dando tres gritos bien distintos, y arrodillándose. Luego que se han levantado, los vuelven á sus establos donde á cada uno dan de comer en un vaso grande de oro, del tamaño de la cuarta parte de un tonel de cerveza: los lavan con el agua que está en otro vaso de plata; lo cual se ejecuta regularmente dos veces al

chos criados, vagilla de oro, manjares esquisitos, vestidos magníficos, y están dispensados de todo trabajo y sujecion: el emperador reinante es el único ante quien doblan las rodillas, y el monarca les devuelve este saludo; sin embargo, las atenciones, los respetos, las ofrendas les lisongean sin corromperlos, y esto solo debia hacer conocer á los indios que los elefantes no tienen alma humana.

El elefante, en el estado salvaje, no es sanguinario, ni feroz; sino de indole suave, y así nunca abusa de sus armas ni de su fuerza, y solo las emplea en defenderse á sí mismo, ó en proteger á sus semejantes; tiene las costumbres sociales, y raras veces se le vé errante ó solitario: anda ordinariamente en tropas: el mas anciano sirve de guia, y el segundo en edad cierra la marcha, y hace andar á los demas: los jóvenes y los débiles van en medio de los otros: las madres llevan á sus hijuelos abrazados con sus trompas; pero este orden solamente le guardan en las marchas peligrosas, cuando van á pacer en tierras cultivadas, pues en las selvas y soledades se pasean ó viajan con menos precauciones, aunque sin separarse absolutamente ni apartarse tanto que estén á distancia de no poderse socorrer ni darse avisos: sin embargo, hay algunos que se extravian ó que siguen la tropa á lo

dia. Mientras los cuidan así, están bajo de un palio que tiene 8 varas sostenidas por otros tantos criados, para librarlos del ardor del sol. Cuando van á los vasos donde está su agua, y comida, son precedidos de tres trompetas, cuya armonia entienden, y marchan con mucha gravedad arreglando sus pasos al compás de estos instrumentos, etc. (*Idem*, tom. III., pág. 40.) Los peguanos tienen por sagrados los elefantes blancos; y habiendo sabido que el rey de Siam tenia dos le enviaron embajadores, ofreciéndole por ellos todo el precio que quisiese. El rey de Siam no quiso vendérselos: el de Pegú, ofendido de esta repulsa, fué contra él, y no solo se los quitó por fuerza, sino que hizo tributario todo el pais.

lejos, y estos son los únicos á quienes los cazadores se atreven á acometer, porque para atacar la manada entera, seria necesario un pequeño ejército (1), y no se lograria vencerla sino con pérdida de mucha gente. Seria tambien peligroso hacerles la menor injuria (2), porque se encaminan derechamente al ofensor, y aunque es muy pesada la mole de su cuerpo, tiene el paso tan largo, que alcanza fácilmente al hombre mas veloz en la carrera, le traspasa con sus colmillos, ó le asen con la trompa, le arrojan como una piedra, y acaban de matarle á patadas: pero no se encarnizan así contra los hombres, sino cuando son provocados, pues no hacen ningun daño á los que no los hostigan: sin embargo, como son dotados de buena memoria, y delicados en materia de injurias, es conveniente evitar su encuentro, y los viajeros que frecuentan sus paises, encienden grandes hogueras por la noche, y tocan tambores para impedirles que se acerquen. Se asegura que cuando una vez han sido acometidos por los hombres, ó han caido en alguna celada, nunca lo olvidan, y procuran vengarse en toda ocasion; y teniendo un escelente olfato y quizá mas perfecto que ningun otro animal, á causa de la grande estension de su nariz, sienten el olor

(1) Todavía tiemblo al escribiros, cuando pienso en el peligro á que nos espusimos, queriendo seguir á un elefante salvaje; porque aunque no éramos mas que diez ó doce, de los cuales la mitad no tenían buenas armas de fuego, sin embargo le hubiéramos atacado, si hubiésemos podido alcanzarle: nos imaginábamos que podríamos matarle con dos ó tres fusilazos; pero despues he visto que doscientos ó trescientos hombres se ven apurados para salir con esta empresa.

(2) Los negros refieren unánimemente de estos animales que si encuentran á alguno en un bosque, no le hacen ningun mal, con tal que él no los ataque: pero que se enfurecen cuando les tiran y no los hieren de muerte.

del hombre á muy larga distancia, y pueden seguirle fácilmente por el rastro. Los antiguos escribieron que los elefantes arrancan la yerba de los parages por donde el cazador ha pasado, y se la dan unos á otros de mano en mano para que todos estén avisados del pasage y de la marcha del enemigo. Estos animales gustan de las márgenes de los rios, de los valles hondos, de los lagares sombríos, y de los terrenos húmedos: no pueden pasar sin agua, y la enturbian antes de beberla: llenan de ella la trompa muchas veces, ya para llevarla á la boca, y ya solamente para refrescarse la nariz, y divertirse en arrojarla en chorro, ó en esparcirla al rededor: no pueden tolerar el frio, y les incomoda tambien el esceso de calor, pues por evitar el demasiado ardor del sol, se emboscan cuanto pueden en lo profundo de las selvas mas sombrías, y se meten tambien con bastante frecuencia en el agua: el volúmen enorme de sus cuerpos, lejos de dañarles, les ayuda para nadar: se hunden menos en el agua que los otros animales, y por otra parte la longitud de su trompa que levantan en alto, y por la cual respiran, les quita todo temor de ahogarse.

Sus alimentos ordinarios son raices, yerbas, hojas y ramas tiernas: tambien comen frutas y semillas, pero rehusan la carne y el pescado: cuando alguno de ellos encuentra un parage de pasto abundante llama á los otros, y los convida á venir á pacer con él. Como necesitan de gran cantidad de forrage, mudan frecuentemente de puesto; y cuando llegan á tierras sembradas, hacen grande estrago, porque siendo tan enorme el peso de sus cuerpos, estropean y destruyen con sus pies diez veces mas plantas de las que emplean en su alimento, el cual ascenderá á quinientas libras de yerba al dia; y como siempre van en crecido número, asolan un campo en una hora. Por esto los indios y los negros se valen de todos los medios posi-

bles para evitar sus visitas, y apartarlos de sus campos, haciendo grandes ruidos y hogueras al rededor de sus tierras cultivadas; pero muchas veces á pesar de estas precauciones, los elefantes vienen á apoderarse de ellas, arrojan de allí el ganado doméstico, ahuyentan á los hombres, y á veces derriban y destruyen sus frágiles habitaciones. Es difícil espantarlos, pues no son capaces de temor: lo único que los sorprende, y puede detenerlos son los fuegos artificiales (1) y los petardos que les disparan, cuyo efecto repentino, y renovado prontamente, los asusta, y á veces los hace retroceder. Raras veces se logra separarlos unos de otros, porque ordinariamente toman todos juntos el mismo partido de acometer, de pasar indiferentemente, ó de huir.

Cuando las hembras entran en celo, la grande inclinacion que tiene el elefante á la sociedad, cede á otro apetito mas vivo: la tropa se separa por parejas, que el deseo ha formado anteriormente: ellos se juntan por eleccion, se ocultan, y en su marcha parece que les precede el amor, y les sigue el pudor, pues el retiro y el secreto son inseparables, de sus placeres. Nunca se les ha visto tomarse, y temen sobre todo ser vistos de sus semejantes. Buscan los bosques mas espesos, y se internan en las soledades mas profundas para entregarse sin testigos, sin sobresalto y sin reserva á todos los impulsos de la naturaleza, los cuales son tanto mas vivos y durables cuanto mas raros, y mas largo tiempo esperados. La hembra está preñada dos años, durante los cuales el macho se abstiene de ella, y solo al cabo de tres años renace la estacion de los amores. No paren mas que un hijo, el cual cuando

(1) Cuando el elefante está encolerizado se le contiene con fuegos artificiales, y se usa del mismo arbitrio para apartarlos del combate, cuando están empeñados en él.

nace tiene dientes, y es ya mas grueso que un jabali; sin embargo, aun no se le descubren los colmillos, los cuales empiezan á apuntar poco tiempo despues, y á la edad de seis meses tienen ya algunas pulgadas de largo. El elefante á los seis meses es ya mas grueso que un buey, y los colmillos le continuan creciendo hasta la edad avanzada, con tal que el animal esté sano y en libertad; porque no se puede imaginar hasta qué punto la esclavitud y los alimentos preparados deterioran el temperamento, y mudan las propiedades naturales de este animal. Se consigue domarle, sujetarle, é instruirle, y como es mas robusto y mas inteligente que ningun otro animal, sirve con mas acierto y mas poderosa y útilmente; pero es probable que en su interior conserva el disgusto de su situacion, pues aunque á tiempos resiente los mas vivos ardores del amor, no produce, ni se junta en el estado de domesticidad: su pasion reprimida degenera en furor; y no pudiendo satisfacerla sin testigos, se indigna, se irrita, se vuelve insensato y furioso, y se necesitan cadenas muy fuertes, y trabas de todas especies para detener sus movimientos y reprimir su cólera: por consiguiente se diferencia de todos los animales domésticos que el hombre trata ó maneja como seres que no tienen propia voluntad: no es del número de aquellos esclavos natos, que propagamos, mutilamos, ó multiplicamos por nuestra utilidad: aquí solo el individuo es esclavo: la especie permanece independiente, y rehusa constantemente aumentarse en beneficio del que la tiraniza. Esto solo supone en el elefante sentimientos superiores á la naturaleza comun de las bestias: sentir los ardores mas vivos, y rehusar al mismo tiempo satisfacerlos: enfurecerse de amor y conservar el pudor, es quizá el último esfuerzo de las virtudes puramente humanas, y en este animal no son mas que actos ordinarios á que nunca ha faltado: la indigna-

cion de no poder juntarse sin testigos, mas fuerte que la pasion misma, suspende y destruye los efectos de esta, pero al mismo tiempo escita la cólera, y hace que en estos movimientos sea mas peligroso que ningun otro animal indómito.

Quisiéramos, si fuese posible, poner en duda este hecho, pero los naturalistas, los historiadores y viajeros, aseguran todos unánimemente que los elefantes nunca han producido en el estado de domesticidad. Los reyes de la India mantienen gran número de ellos, y despues de haber intentado inútilmente multiplicarlos como á los demás animales domésticos, han tomado el partido de separar los machos de las hembras, á fin de hacer menos frecuentes los accesos de un calor estéril acompañado de furor; de suerte, que no hay ningun elefante doméstico que no haya sido antes salvaje. El modo de cogerlos, domarlos y sujetarlos, merece particular atencion. En medio de las selvas, y en lugar cercano al que ellos frecuentan, se escoge un espacio que se rodea con una fuerte estacada, sirviendo de estacas principales los árboles mas gruesos, contra los cuales se aseguran los travesaños de madera que sostienen las demás estacas. Esta estacada está hecha de suerte que un hombre puede pasar facilmente por los claros, dejando tambien en ella una grande abertura, por la cual el elefante puede entrar, y esta valla está superada de una trampa, ó recibe una compuerta que cierra detrás de él. Para atraerle hasta este recinto, es preciso ir á buscarle, llevando al bosque una hembra en calor y mansa, y cuando se cree que está á distancia de ser oida, su conductor la obliga á dar el grito de amor: el macho salvaje responde al instante, y camina á encontrarla: se obliga tambien á marchar á la hembra, haciéndola repetir de cuando en cuando el reclamo: llega la primera al cercado, á donde el macho, que la sigue por el rastro,

entra por la misma puerta. Luego que se vé encerrado, se le desvanece el ardor, y cuando vé á los cazadores se enfurece: le echan guindaletas para detenerle: le ponen trabas á los pies y á la trompa: traen dos ó tres elefantes domesticados, y conducidos por hombres diestros: procuran atarlos en el elefante salvaje, en fin, logran por fuerza, por tormentos, y por caricias domarlos en pocos dias. No me detendré en referir esto con mas individualidad, y me contentaré con citar los viajeros que han sido testigos oculares de la caza de los elefantes, la cual es diferente segun los diferentes paises (1), y segun el poder y las facultades

(1) A un cuarto de legua de Louvo hay una especie de anfiteatro, de figura de un gran rectángulo, rodeado de altas murallas con terrados, sobre los cuales se colocan los espectadores. A lo largo de estas murallas, por lo interior, hay una empalizada de gruesos pilares clavados en tierra á dos pies uno de otro, detrás de los cuales los cazadores se retiran, cuando son perseguidos por los elefantes irritados. Han hecho una grande abertura hácia el campo y en el frente de ella, por la parte de la ciudad otra mas pequeña que va á una calle estrecha, por donde un elefante apenas puede pasar, y esta calle termina en una especie de corralon donde le acaban de domar.

Cuando llega el dia destinado para esta caza, los cazadores entran en el bosque, montados en elefantas habituadas á este ejercicio, y se cubren con hojas de árboles, para no ser vistos de los elefantes salvajes. Emboscados bastante en la selva, cuando juzgan que pueden haber algun elefante en las cercanías, hacen que las hembras den ciertos gritos propios para atraer á los machos, los cuales responden inmediatamente con berridos espantosos. Entonces los cazadores, conociendo que están á proporcionada distancia, dan la vuelta, y conducen poco á poco las hembras hácia el anfiteatro de que acabamos de hablar; los elefantes salvajes no dejan nunca de seguir las; el que nosotros vimos domar, entró con ellas, y cuando hubo entrado, cerraron la barrera; las hembras continuaron su camino por medio del anfiteatro, y se metieron unas tras otras por la calle estrecha, que estaba al otro extremo. Habiéndose detenido á la entrada del desfiladero el elefante salvaje que las habia segui-

de los que les hacen la guerra, porque en vez de cons-

do hasta allí, usaron de todo género de medios para obligarle á entrar, hicieron gritar á las hembras, que estaban al otro lado de la calle, irritándole algunos siameses con palmadas, y gritando muchas veces *pat, pat*: otros con varas largas armadas de puntas le picaban, y cuando los perseguia, se metian por entre los pilares, e iban á esconderse detrás de la empalizada, que el elefante no podía romper: en fin, despues de haber perseguido á varios cazadores, se fijó en uno solo con estremo furor: el hombre se metió por la calle, el elefante corrió tras él, pero luego que entró se halló cogido; porque habiéndose puesto en salvo el hombre, dejaron caer dos compuertas á propósito una delante y otra detrás, de suerte que no pudiendo ir adelante, ni retroceder, ni volverse, hizo esfuerzos asombrosos, y dió gritos terribles. Se procuró amansarle, echándole cubos de agua sobre el cuerpo, frotándole con hojas, y echándole aceite en las orejas; y en fin hicieron venir cerca de él elefantes domesticados machos y hembras, que le acariciaban con sus trompas. Sin embargo, le ataban cuerdas por debajo del vientre y á los pies traseros para sacarle de allí; y continuaban echándole agua sobre la trompa, y sobre el cuerpo para refrescarle. En fin, le arrimaron un elefante manso de los que están acostumbrados á instruir á los recién presos: un oficial estaba montado en él, y le hacia andar hácia delante y hácia atrás, para mostrar al elefante salvaje que nada habia que temer, y que podia salir: en efecto se le abrió la puerta y siguió al otro hasta el estremo de la calle; cuando llegó allí pusieron á sus lados dos elefantes, los cuales juntaron con él: otro marchaba delante, y le llevaba asido de una cuerda por donde le queria conducir, al mismo tiempo que otro le hacia caminar á fuerza de grandes cabezadas que le daba por detrás hasta llegar á una especie de picadero, donde le ataron á un grueso pilar hecho de intento, que da vueltas como un cabrestante. Allí le dejaron hasta otro dia para que se le pasase la cólera; pero mientras él se atormentaba al rededor de aquella columna, un bramín, esto es, uno de aquellos sacerdotes indios (de que hay en Siam gran número) vestido de blanco se acercó montado en un elefante, y dando vueltas despacio al rededor del que estaba atado, le roció con una especie de agua, consagrada á su modo, la cual lleva en un vaso de oro, pues, creen que esta ceremonia hace perder al elefante su ferocidad natu-